

COMENTARIO DE LIBROS

PENSAR LA MUERTE

Autor: Vladimir Jankélévitch

Editorial: Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2004, 131 pp.

(Rev GPU 2011; 7; 4: 367-368)



Hernán Villarino

Este texto, breve en exceso, está constituido por cinco entrevistas realizadas a Jankélévitch en distintos periodos de su vida, de allí que no sea una reflexión metódica sino una conversación relativamente informal, que como todo diálogo se conduce por lo casual y lo fortuito y cuya dirección depende de lo que el entrevistador comprende, no comprende o simplemente malentiende. El lector, en estos casos, siempre termina dudando que se hayan hecho las preguntas pertinentes, o que se le haya dado las suficientes vueltas a lo oscuro y complejo.

Sin embargo, aquellas observaciones parecen ociosas en este caso, porque la primera afirmación de Jankélévitch es que la muerte es impensable. Titular el libro de la forma en que se hizo puede entenderse como una falsa promesa de que lo que allí se encuentra es una respuesta clara y objetiva del asunto, realizada por un filósofo de relieve. No obstante, con frecuencia se repite lo que Jankélévitch también reitera, es decir, que la muerte es impensable. ¿Pero lo es realmente?

Por un lado, Jankélévitch reconoce que al concepto de ser, desde Parménides, no le es esencial el dejar de ser, más bien todo lo contrario. Ni el no ser, es decir, la nada, puede venir al ser, ni el ser puede dejar de ser. Para una parte de la tradición filosófica desaparecer es un accidente y no una necesidad de lo que es. En torno a estos presupuestos se ejecuta una de las cavilaciones más originales de Jankélévitch, la que dice que es necesario morir pero que no es necesario que muramos ahora. Hay una necesidad que se posterga, una necesidad, por ende, que no es necesaria. La demora con que se registra en cada caso la muerte, el día preciso

de cuya ocurrencia siempre ignoramos, pareciera dar cumplimiento al dictado parmenídeo que, a la postre, gratuitamente, es abatido por lo azaroso e incomprensible que nos aniquila.

Por otra parte, pensar, en un sentido precartesiano, que es con el que generalmente se usa el término, consiste en atribuir predicados a un objeto. Ahora bien, si la muerte es la pérdida o extinción del ser realmente es nada, y como la nada carece de atributos no admite ningún predicado. No podemos, por ejemplo, decir que sea grande o chica, roja o verde, dolorosa o insensible, porque esos y otros predicados son de las cosas que son y no de la nada. Pareciera que en pocas circunstancias como en ésta cabe aquello de que frente a lo que no se puede hablar es mejor guardar silencio.

Pocas dudas quedan que respecto de la muerte nada se puede decir de modo objetivo, y como tendemos a creer que el pensar remite en exclusiva a lo objetivo, la muerte, a falta de objeto, resulta efectivamente impensable. Pero si esa vía pareciera cerrada a cal y canto, debemos recordar, además, que para Heidegger los hombres ponen regularmente la muerte en algún indefinido y nebuloso momento del futuro. Algún día moriré, repetimos todos, pero algún día. La muerte llegará cuando menos la esperamos, de modo que no tenemos que amargarnos la vida considerándola ahora, ni en realidad nunca. No sólo se trata que no podamos pensarla, tampoco queremos hacerlo.

Empero, no es tan sencillo finiquitar este asunto, porque la vida y la muerte van trenzadas en una y la misma urdimbre. Todo lo que hacemos, incluso comentar un libro, lo hacemos vislumbrando el cordón de la

muerte, porque de no ser mortales no haríamos nada, pasaríamos en un perpetuo recreo, vacaríamos y seríamos como vacas. En el cuento *Los Inmortales*, Borges ilustra la situación en que queda la vida cuando ya no puede morir.

Por eso la muerte, si bien objetivamente es nada, existencialmente, en cambio, es todo. Sin ella, la vida tal como la conocemos sería imposible. De allí que la muerte propia sea el objeto predilecto del pensar cuando el pensamiento no se entiende sólo como mera progresión lógica, sino como manifestación de la existencia. Allí, en la existencia, lo paradójico, lo antinómico, lo irrepresentable, como dice Jaspers, son justamente la

sustancia pensada y el motor del pensar, pero porque son vividos. Mentar la muerte, o mejor dicho, el morir, aquello que ocurrirá a cada uno en su momento porque viene hacia nosotros y nosotros vamos hacia ella en cada instante de la vida, es abrir el horizonte en virtud del cual la vida tiene o puede tener algún sentido.

Este magnífico texto de Jankélévitch, apunta, creemos, en esta dirección, porque su meditación no remite a la claridad objetiva, que en lo relativo a la muerte y el morir propios sólo es comedia y enredo, refiere a una posición personal, es decir, a un compromiso existencial que se expresa como un símbolo o una cifra de la existencia propia.